

Preludio

*Caminante, son tus huellas
el camino, y nada más;
caminante, no hay camino:
se hace camino al andar.*

(Antonio Machado)

Qué mejor título para este prolegómeno que “Preludio”, porque *Brisas del Guadarrama* es, sin duda, la partitura de una sinfonía existencial: las *Memorias* de Enrique Ruiz-Fornells Silverde, escritas en el pentagrama de los senderos por los que ha transitado su vida.

La chilena Gabriela Mistral, Premio Nobel de Literatura, solía decir que “los hombres buenos valen más que los ‘simplemente inteligentes’, porque la bondad sigue siendo, a pesar de todo, el atributo mayor que puede ostentar un ser humano”. Y qué mejor prueba de ello son estas “memorias”, en las que con claridad meridiana podemos ver cómo un hombre, Enrique Ruiz-Fornells Silverde, no es solamente el erudito brillante, el maestro sapiente, el administrador admirable, sino que, más que todo, él es el soñador idealista, el amigo sincero, el compañero generoso; en una palabra, un ser humano, inteligente y bueno, bueno a carta cabal.

En libros académicos y revistas profesionales —como en el *Homenaje a Enrique Ruiz-Fornells*, de Teresa Valdivieso et al, o en *Cuadernos para la investigación de la literatura hispánica*, publicación del Seminario “Menéndez Pelayo” de la Fundación Universitaria Es-

pañola— se ha elogiado su brillantez intelectual de investigador, capaz de dilucidar los más hondos significados de las obras maestras de las literaturas hispánicas; se ha encomiado su dedicación de catedrático que supo convertir la docencia en una vocación humanística; se ha elogiado su ingenio de creador de programas universitarios y su clarividencia de fundador de asociaciones profesionales. Sí, todas esas laudatorias manifestaciones de aprecio son bien merecidas.

Mas en ese valioso empeño de colegas y amigos por ensalzar a Ruiz-Fornells, ha quedado un vacío que, por fortuna, las páginas de *Brisas del Guadarrama* sin duda van a llenar. Las contadas líneas de esta semblanza, por su parte, tratarán de dar a su retrato unas pálidas pinceladas que harán resaltar la bondad a carta cabal de Enrique Ruiz-Fornells. Esa hombría de bien está sintetizada en su disposición a comprender al amigo, en su confianza de que la escritura recta trazará la verticalidad moral de la que nuestro mundo en crisis carece, en su valentía en las batallas contra las adversidades de la vida, en su honestidad ejemplar demostrada en todas sus actividades, en su reciedumbre de patriota que piensa sin egoísmo y actúa sin interés.

Conocí a Enrique Ruiz-Fornells Silverde hace muchos años. Presidente-Fundador de la Asociación Hispánica de Humanidades había organizado, con Teresa Valdivieso, el Primer Congreso de la Asociación, que se celebró en Madrid, en los elegantes salones del recientemente inaugurado Eurobuilding. De talante erguido y casi marcial, impecable atuendo y porte distinguido, su severo rostro dejaba traslucir un cierto ascetismo que estaba pronto a distenderse en una amplia sonrisa de amistad y calor humano. De mirada penetrante, sus ojos expresaban sinceridad y comprensión, mientras que el cálido y viril apretón de manos transmitía franqueza y lealtad.

El destino me ha deparado la suerte de haber colaborado con Enrique en incontables proyectos. Juntos hemos editado actas de congresos y asambleas. En numerosas ocasiones nos hemos puesto en contacto —en

persona, epistolarmente, por teléfono o electrónicamente— para intercambiar ideas y encontrar soluciones a los problemas administrativos y personales de las organizaciones académicas y profesionales en las que hemos estado involucrados. En incógnitas geografías hemos “partido el pan”, nos ha cobijado el mismo extraño techo y hemos sentido los calores estivales o los fríos invernales de lejanas latitudes. Juntos hemos experimentado la incertidumbre de sentirnos incomunicados al escuchar lenguas exóticas. Hemos cruzado mares y cordilleras para participar en los convivios más significativos: esas reuniones profesionales donde se intercambian ideas, se discuten conceptos y se descubren nuevos puntos de vista y atrevidas interpretaciones sobre las inquietudes humanísticas de los intelectuales de los cinco continentes.

Cada encuentro con Enrique Ruiz-Fornells fue para mí una ocasión de conocerlo mejor. Cada reunión constituía la oportunidad de descubrir un nuevo atributo de su personalidad multifacética y era el satisfactorio momento de gozar de su compañía, bebiendo de la fuente de su saber y del venero de su clara inteligencia. Pero sobre todo ello, reunirme con Enrique significaba sentir el calor de un ser humano que era amigo, maestro y compañero. Cuando editábamos un texto, de él aprendía que se debe aceptar y justipreciar tanto las ideas, los sentimientos y las aproximaciones críticas de los investigadores bisoños, como los de los distinguidos eruditos. El me enseñó que por sobre los problemas administrativos está el saber respetar la dignidad humana y el llegar a comprender los sentimientos de nuestros semejantes. Su sensibilidad estética me hizo apreciar la belleza de paisajes extraños, de arquitecturas históricas, de árboles y flores desconocidos. Su ascetismo fue para mí ejemplo de fortaleza ante el frío de una Alemania invernal o ante la temperatura extrema de un verano reverberante en el desierto de Sonora. Para él, cada persona valía por su potencial humano: los jóvenes porque a sus ansias de saber unían el ímpetu de su inexperiencia; los maestros consagrados, porque poseían el acerbo de sus conocimientos y

las manifestaciones de los éxitos alcanzados; los mayores, porque en ellos se conserva el tesoro de la tradición y la experiencia.

Brisas del Guadarrama son el retrato de un hombre bueno; son hojas del árbol de una vida fructífera; son las páginas del devocionario íntimo de un maestro y de un benefactor en el cabal sentido de la palabra; son las estelas que nos sirven de guía en la mar procelosa de nuestra existencia. Sólo alguien bueno puede reivindicar, en palabras tan sencillas, la fe y la confianza en nuestros semejantes. Por ser bueno Ruiz-Fornells ha sido fiel a sus ideales y a sus principios, y por ser generoso los puso por sobre todas las conveniencias personales. Por ser bueno fue sencillo y leal con sus amigos y magnánimo con quienes intentaron hacerle daño.

Y así termino este “preludio”, porque *Brisas del Guadarrama* son una sinfonía inconclusa ...; y es inconclusa porque Enrique Ruiz-Fornells no cesa ni cesará en su cruzada de maestro, de hispanista, de amigo y de esposo. Tú, Enrique, sigues y seguirás abriendo nuevos caminos, porque las páginas de este libro “son tus huellas, el camino, y nada más; caminante, no hay camino: se hace camino al andar”.

JORGE HUGO VALDIVIESO EGUIGUREN

*Emeritus Professor of Modern Languages
ASU/Thunderbird School of Global Management*